

tentación y del pecado, y para que, alejándote del mundo, te conceda por su misericordia la perseverancia hasta el fin. Por esta misericordia te ha buscado: por ella te ha inclinado á que dejes todas las cosas de la tierra, hasta á tus padres. Ejercita la caridad para con los pobres y afligidos y la hospitalidad para con los extraños, haciéndote tú pobre y extranjero en este mundo, y crucificándote con Jesucristo. Conserva siempre en tu corazón un bajo sentimiento de tí mismo, pues la humildad y la modestia preservan de la muerte eterna. Sé el padre de los huérfanos; continúa, como hasta el presente, no haciendo acepción de personas, rebajándote hasta el nivel de los pequeños, é imitando la bondad de Dios, que se deja sentir en todas las cosas. Pide por todo el mundo, y en particular por tu patria y por todos sus moradores, aunque haya mucho tiempo que la dejaste, para habitar esta tierra de Santos. No te desdeñes de orar por los que han tenido la desgracia de alejarse de los caminos del Señor, así como también por los que le sirven fielmente. Acuérdate, por último, en tus oraciones de tu padre, para que el Señor le conceda su misericordia.

A estos consejos añadió una oración que hizo por él á Jesucristo. El día en que esto acaecía era domingo, y se preparó con la santa Comunión para una buena muerte. Al día siguiente pidió licencia á su hijo y á los demás religiosos para separarse, diciéndoles que era la última vez que los veía en esta vida. En efecto, cayó enferma en el camino, y habiendo sido llevada á la casa que habitaba en el barrio de Dafné, en Antioquía, extendió sus brazos, levantó sus ojos al cielo, dió gracias al Señor por llamarla á su seno, y espiró dulcemente, diciendo: «En vuestras manos, Dios mio, encomiendo mi espíritu.» Era el día 5 de julio del año 551, precisamente el día en que su hijo subió á la última columna. Este tuvo revelación en aquel mismo

momento de la muerte de su santa madre, y la puso en conocimiento de sus discípulos. Su cuerpo fué llevado tres días despues con mucha solemnidad á Antioquía, y depositado en el monasterio de san Simeón, al lado derecho de la columna, en donde, asegura su historiador, que hizo muchos milagros. Mas tarde fueron trasladadas sus reliquias á un oratorio edificado expresamente, y en el cual continuaron obrándose los milagros.

---

#### ADVERTENCIA SOBRE LA VIDA MONASTICA EN EL SIGLO VI

Antes de hablar de los solitarios del Asia Menor y de las provincias comarcanas, entre los cuales encontramos algunos de los nombres más ilustres que figuran en la historia de la Iglesia, como los de san Basilio y san Gregorio Nacianceno, debemos exponer el estado de los monasterios de Egipto, de Siria y de Palestina en el siglo VI y principios del VII, ó sea, en la época de san Juan Clímaco y de Juan Mosch.

Desde fines del siglo IV hasta terminar el VI, la historia monástica, con raras pero consoladoras excepciones, es más propia para producir dolor que edificación.

El error grosero de los antropomorfistas, ó de los que sostenian que Dios es un sér corpóreo, habia seducido, como hemos hecho observar en otro lugar, á muchos solitarios; mientras que otros habian caído en los errores de Orígenes. Los primeros indicios de estas impías tendencias debian ser desgraciadamente confirmadas no mucho tiempo despues. Las herejías fueron apoderándose de los



solitarios, y cambiando casi toda la faz de aquellos desiertos santificados por tan gran número de siervos de Dios. Mientras que san Cirilo gobernó la iglesia de Alejandría (412-444), supo preservar á los monjes de la Tebaida y de otras soledades de la herejía de Nestorio, que con tanto vigor y sabiduría combatió el santo obispo. Pero despues de su muerte, Dióscoro su sucesor, se declaró ardiente defensor de Eutíques, y contaminó con esta herejía á muchos solitarios.

Desde entónces comenzó á verse el exacto cumplimiento de las predicciones de san Macario y de algunos otros Padres sobre la suerte de los solitarios de estas provincias. En otra parte hemos referido estas predicciones : bastará decir algunas palabras sobre sus motivos.

Hallándose un dia congregados los Padres, y hablando eobre el porvenir de los religiosos, preguntaron á uno de ellos su opinión : « En verdad, dijo, que nosotros procuramos ser fieles al Señor ; pero vendrán despues de nosotros algunos, que, si bién le servirán, lo harán con tanta relajación, que serán fieles á medias. Despues aumentará la iniquidad de tal manera, que la caridad se extinguirá en la mayor parte de los corazones. El contagio será muy peligroso, y los que en ese tiempo de seducción tengan la dicha de sufrir la prueba y permanecer fieles, serán mejores que nosotros y que nuestros padres. »

El Señor se reservó, efectivamente, entre los solitarios un gran número de siervos que conservaron la fé y la disciplina religiosa en medio de las persécuciones que tuvieron que sufrir de parte de los origenistas, de los eutiquianos y de los acéfalos. No quedaron enteramente destituidos de apoyo, pues si bién es verdad que despues de la muerte de san Cirilo, muchos patriarcas deshonraron con su impiedad la silla de Alejandría, y entre otros Dióscoro, Teodoro Eluro y Pedro Monge, hubo al mismo tiempo buenos obis-

pos que se esforzaron por remediar el mal, y atraer al seno de la Iglesia la parte del rebaño que se habia extraviado.

Al mismo tiempo que se debilitaba la vida monástica en Oriente, se desarrollaba con más esplendor en el Occidente.

« La regla de los monjes egipcios fué llevada á la Provenza al principios del siglo V por san Honorato y san Casiano, el primero de los cuales fundó un monasterio en Lerins, y el segundo en Marsella, de donde salieron sabios apóstoles de la fé cristiana y de la vida cenobítica, y entre otros san Patricio, fundador de las colonias monásticas de Irlanda. Las asociaciones religiosas siguieron en Occidente diferentes reglas, hasta que la orden benedictina sometió todos los monasterios latinos á su disciplina. Esta famosa orden debe su origen á san Benito de Nursia, que, en 529, estableció en el Monte Casino una sociedad de cenobitas destinada á ser cabeza de una inmensa congregación. La regla dada por san Benito á sus monjes prescribia el trabajo manual y el estudio, sometiéndolos á los tres votos de la pobreza, de la castidad y de la obediencia. Aprobada por san Gregorio el Magno en 595, se esparció rápidamente por todas las provincias de la Iglesia latina. Los importantes servicios prestados por los benedictinos á la religión, á la humanidad y á las letras atraieron la veneración de los fieles sobre estos religiosos. Los monasterios se constituyeron en seminarios de predicadores que iban á llevar á los bárbaros las luces de la fé, y con ella y por ella, los beneficios de la civilización. Las selvas y bosques hasta entónces estériles, se convirtieron por los monjes en ricas y prósperas campiñas, y merced á sus cuidados se conservaron las obras maestras de la antigüedad tanto griega como latina.

Este desarrollo de la vida religiosa coincide con la orga-



nización política del Occidente ; mientras que el imperio de Oriente iba perdiendo su antiguo esplendor, á medida que las herejías iban oscureciendo y debilitando la fé.

Los eutiquianos, cuyo error más ó ménos velado habia sido reproducido con tanta obstinación, alcanzaron nuevo vigor en la segunda mitad del siglo VI, particularmente en la Armenia y en la Mesopotamia por la propaganda de Juán Zanzalo, monje sirio, elevado á la silla episcopal de Edesa por los eutiquianos en 541. Los nuevos sectarios llevaron el nombre de jacobitas.

La herejía de los triteístas, que, admitiendo tres naturalezas distintas en la Santísima Trinidad además de la naturaleza común, admitía consiguientemente la existencia de tres dioses, fué predicada por Juán Filopono, de Alejandría, en 540. Este heresiarca tuvo un número muy considerable de partidarios.

Los agnoetes, es decir ignorantes, tuvieron por fundador al diácono Ahemistio de Alejandría. Estos sectarios, procedentes en su mayor parte de los monofisitas, pretendían que Jesucristo habia ignorado muchas cosas, y que no habia en él más que una naturaleza, como resultante de la unión de la divina con la humana.

Volvamos á la Tebaida en donde encontraremos nuevos modelos de santidad.

---

#### UN MONASTERIO DE EGIPTO VISITADO POR SAN JUAN CLIMACO <sup>1</sup>

Los monasterios de Egipto se hallaban en un estado tan deplorable, que san Fulgencio, abad de un monasterio de

<sup>1</sup> Vit. PP. S. Juan Climaco, Focio, Surio y los Bolandos.

Africa, despues de leer las obras de Casiano y la *Vida de los Padres de estos desiertos*, y deseando visitarles con la esperanza de ver á los sucesores de las virtudes de estos grandes hombres, desistió de su proyecto por consejo de san Eulalio, obispo de Siracusa, que le manifestó el deplorable estado de la iglesia de Alejandría, separada á la sazón de la comunión con la silla de san Pedro.

Pasemos estos desgraciados tiempos para venir á los de san Eulogio, que subió á la silla de Alejandría hacia el año 580. Este Santo habia sido ordenado sacerdote en Antioquia, y gobernó un monasterio que el emperador Justiniano habia hecho edificar en honor de la Santísima Virgen. Habiendo llegado á Constantinopla, contrajo amistad con san Gregorio Magno, que se hallaba en esta capital como delegado del papa Pelagio. Su unión fué tan estrecha, que la conservaron siempre, y fomentaron sosteniendo frecuente correspondencia, como consta de muchas de las cartas de san Gregorio. Este santo Prelado trabajó mucho por la Iglesia : celebró en 588 un concilio para procurar la conversión de los Samaritanos, y escribió contra diversos herejes, muriendo colmado de merecimientos hacia el año 608.

En su tiempo san Juán Climaco, que florecia en el desierto de Sina, hizo un viaje á Egipto. En el cuarto grado de su *Escala santa*, habla de un célebre monasterio situado cerca de Alejandría y habitado por religiosos muy perfectos. Vamos á referir la que dice acerca de ellos, como uno de los monumentos más edificantes del estado monástico, y como una prueba evidente, de que, á pesar de los desórdenes producidos por la herejía en estas provincias, hubo siempre monasterios que se conservaron en la integridad de la fé y en la pureza de la observancia regular.

La comunidad de este santo monasterio se hallaba compuesta de trescientos religiosos. El superior que la gover-